

www.puntodelectura.com

CHARLAINE HARRIS

Vivir y morir en Dallas

punto de lectura



Charlaine Harris (Mississippi, Estados Unidos, 1951), licenciada en Filología Inglesa, se especializó como novelista en historias de fantasía y misterio. Con la serie de novelas *Real Murders*, nominada a los premios Agatha en 1990, se ganó el reconocimiento del público. Pero su gran éxito le llegó con *Dead Until Dark* (2001), primera novela de la saga vampírica *Sookie Stackhouse*, ambientada en el sur de Estados Unidos. La traducción de las ocho novelas de la saga a otros idiomas y su adaptación a la serie de televisión *TrueBlood* (*Sangre fresca*) han convertido las obras de Charlaine Harris en best-sellers internacionales.

www.charlaineharris.com

www.hbo.com/trueblood

www.sangrefresca.es

LAS NOVELAS DE SOOKIE STACKHOUSE EN PUNTO DE LECTURA:

1. MUERTO HASTA EL ANOCHECER
2. VIVIR Y MORIR EN DALLAS
3. EL CLUB DE LOS MUERTOS

CHARLAINE HARRIS

Vivir y morir en Dallas

Traducción de Omar El-Kashef Calabor

Título original: *Living Dead in Dallas*
© 2002, Charlaïne Harris
Traducción: Omar El-Kashef Calabor
© De esta edición:
2009, Santillana Ediciones Generales, S.L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)
Teléfono 91 744 90 60
www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2291-1
Depósito legal: B-16.009-2009
Impreso en España – Printed in Spain

Fotografía de portada: © Xavier Torres-Bacchetta

Primera edición: abril 2009

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Este libro está dedicado a todos los que me han dicho
que han disfrutado con Muerto hasta el anochecer.
Gracias por vuestros ánimos.*

Mi agradecimiento a Patsy Asher, de *Remember the Alibi* en San Antonio, Texas y a Chloe Green, de Dallas. Y a los serviciales ciberamigos que he hecho en *DorothyL*, que respondieron a todas mis preguntas con rapidez y entusiasmo. Tengo el mejor trabajo del mundo.

1

Andy Bellefleur estaba tan borracho como hecho unos zorros. Eso no era normal en Andy, creedme, conozco a todos los borrachos de Bon Temps. Trabajar en el bar Merlotte's durante tanto tiempo me ha permitido conocerlos a todos. Pero Andy Bellefleur, lugareño y detective del pequeño Departamento de Policía de Bon Temps, nunca había paseado una borrachera por el Merlotte's. Sentí una enorme curiosidad por aquella excepción.

Andy y yo no somos amigos, y ni por asomo se lo iba a preguntar directamente. Pero tenía otros medios al alcance, y decidí emplearlos. Si bien trato de limitar el uso de mi defecto, don o comoquiera que lo llamen, para averiguar cosas que me afecten a mí o a los míos, a veces gana la pura curiosidad.

Bajé mi guardia mental y leí la mente de Andy. Lo lamenté.

Aquella mañana, Andy tuvo que arrestar a un hombre por secuestro. Había raptado a su vecina de diez años, se la había llevado al bosque y allí la había violado. La niña estaba en el hospital y el hombre en la cárcel, pero el daño que había hecho era irreparable. Me sentí muy triste. Era un crimen que tocaba muy de cerca mi propio pasado. Andy me cayó un poco mejor por aquella pequeña depresión.

—Andy Bellefleur, dame las llaves —le dije.

Alzó su amplio rostro hacia mí, apenas mostrando comprensión. Tras una larga pausa, necesaria para que mis palabras se abrieran paso por su cerebro embotado, Andy rebuscó en el bolsillo de su uniforme y me entregó su pesado llavero. Le serví otro bourbon con cola.

—Invito yo —dije, y me dirigí al teléfono del fondo de la barra para llamar a Portia, la hermana de Andy. Los hermanos Bellefleur vivían en una maltrecha casa de dos pisos de antes de la guerra, muy elegante en su día, en la calle más bonita de Bon Temps. En Magnolia Creek Road todas las casas se asomaban al trecho de parque por el que discurría el río, cruzado acá y allá por puentes peatonales decorativos, mientras una carretera seguía el curso a ambos lados. En Magnolia Creek Road había otras casas antiguas, pero todas se encontraban mejor conservadas que el hogar de los Bellefleur, Belle Rive. La casa suponía un esfuerzo excesivo para Portia, que era abogada, y Andy, que era policía, pues hacía mucho que el dinero necesario para mantener tal mansión y sus terrenos aledaños había desaparecido. Pero su abuela, Caroline, se había negado tozudamente a venderla.

—Portia, soy Sookie Stackhouse —dije, teniendo que elevar el tono de voz sobre el ruido de fondo del bar.

—Me llamas desde el trabajo.

—Sí. Andy está aquí, y está como una cuba. Le he cogido las llaves. ¿Puedes pasar a recogerlo?

—¿Que Andy está borracho? Sí que es raro. Claro, estaré allí en diez minutos —prometió, antes de colgar.

—Eres muy buena, Sookie —dijo Andy, inesperadamente.

Se había tomado la copa que le había servido. Quitó de en medio el vaso y recé por que no pidiera otra.

—Gracias, Andy —dije—. Tú también eres buena gente.

—¿Dónde está... tu novio?

—Justo aquí —dijo una fría voz, y Bill Compton apareció justo detrás de Andy. Le sonreí sobre la cabeza encorvada de éste. Bill medía alrededor de 1,80, y tenía los ojos a juego con el pelo castaño oscuro. Tenía los hombros anchos y los brazos musculosos de un hombre que lleva años realizando trabajos físicos. Bill había trabajado en el campo con su padre y, más tarde, por su cuenta, antes de ir a la guerra. La Guerra Civil, para ser precisos.

—¡Hola, V.B.! —gritó Micah, el marido de Charlise Tooten. Bill devolvió el saludo con un gesto despreocupado, y mi hermano Jason dijo, con un tono de lo más educado:

—Buenas noches, Vampiro Bill.

Jason, que en su día no había dado precisamente la bienvenida a Bill a nuestra pequeña familia, había cambiado de cabo a rabo. Yo casi contenía el aliento mentalmente, ante la expectativa de que su nueva actitud fuese permanente.

—Bill, no eres mal tipo para ser un chupasangre —dijo Andy con tono juicioso mientras giraba sobre el taburete del bar para encararse a Bill. Actualicé mi opinión sobre la borrachera de Andy, pues nunca se había mostrado entusiasmado con la plena aceptación de los vampiros en la sociedad estadounidense.

—Gracias, Andy —le contestó Bill con sequedad—. Tú tampoco para ser un Bellefleur.

Se inclinó sobre la barra para darme un beso. Sus labios estaban tan fríos como su voz. Era algo a lo que había que acostumbrarse. Como cuando posaba la cabeza sobre su pecho, incapaz de escuchar el latido de su corazón.

—Buenas noches, cariño —susurró.

Deslicé un vaso de sangre sintética japonesa, grupo B negativo, sobre la barra y se lamió los labios después de bebérsela de un trago. Su tez pareció adquirir tono casi de inmediato.

—¿Cómo te ha ido la reunión, cielo? —le pregunté. Bill había pasado la mayor parte de la noche en Shreveport.

—Te lo contaré más tarde.

Esperaba que su jornada de trabajo hubiese sido menos escalofriante que la de Andy.

—Vale. Te agradecería que ayudaras a Portia a llevar a Andy hasta su coche. Ahí llega —dije, señalando la puerta.

Por una vez, Portia no vestía la falda, blusa, chaqueta, medias y los zapatos de tacón bajo que conformaban su uniforme. Lucía unos vaqueros y una camiseta de Sophie Newcomb. Tenía un porte tan robusto como el de su hermano, pero su pelo era castaño, largo y fosco. El que lo llevara perfectamente peinado era la señal de que aún no se había rendido. Avanzó de forma decidida entre la gente que abarrotaba el bar.

—Pues sí que está bebido —comentó, evaluando a su hermano. Portia trataba de ignorar a Bill, quien le hacía sentir muy incómoda—. No es que pase muy a menudo, pero cuando se propone coger una, la coge de las buenas.

—Portia, Bill puede llevarlo hasta el coche —le ofrecí. Andy era más alto que Portia, y de complexión fuerte, cosa que suponía un claro problema para su hermana.

—Creo que puedo encargarme de él —me dijo con firmeza, incapaz aún de mirar a Bill, que me dedicó un arqueo de cejas.

Así que permití que lo rodeara con el brazo e intentara arrancarlo del taburete. Andy permaneció quieto. Portia paseó la mirada en busca de Sam Merlotte, el propietario del bar que, a pesar de parecer pequeño y enclenque, en realidad era muy fuerte.

—Sam está trabajando en una fiesta de aniversario en un club de campo —dije—. Deja que Bill te ayude.

—Está bien —aceptó la abogada secamente, los ojos clavados en el suelo—. Muchas gracias.

Bill consiguió levantar a Andy y lo llevó hacia la puerta en cuestión de segundos a pesar de que las piernas de Andy eran menos estables que la gelatina. Micah Tooten se apresuró a abrir la puerta, de modo que Bill no tuvo problema en llevarle hasta el aparcamiento.

—Gracias, Sookie —dijo Portia—. ¿Ha pagado lo que debía?

Asentí.

—Vale —concluyó, palmeando la barra para indicar que se marchaba. Tuvo que escuchar una retahíla de consejos bienintencionados mientras seguía los pasos de Bill fuera del Merlotte's.

Así fue cómo el viejo Buick del detective Andy Bellefleur permaneció en el aparcamiento del Merlotte's durante toda la noche, hasta el día siguiente. Más tarde, Andy juraría que el coche estaba vacío cuando entró en el bar. También testificaría que había estado tan preocupado por su propia agitación interna que se había olvidado de cerrar el coche con llave.

En algún momento entre las ocho, hora a la que Andy llegó al Merlotte's, y la mañana siguiente, cuando llegué yo para ayudar a abrir el bar, su coche había ganado un nuevo pasajero.

Y éste causaría un gran bochorno al policía.

Porque estaba muerto.

Yo no tendría que haber estado allí. Hice el turno de la noche anterior, y ese día debería haber hecho lo mismo. Pero Bill me pidió que cambiara el turno con una de mis compañeras porque necesitaba que le acompañara a Shreveport, y a Sam no le pareció mal. Le pregunté a mi amiga Arlene si quería hacer mi turno. Ese día libraba, pero siempre estaba dispuesta a llevarse las mejores propinas que nos daban por las noches, así que aceptó pasarse a las cinco de la tarde.

Andy tendría que haber recogido su coche esa mañana, pero la profunda resaca le había impedido engatusar a Portia para que le llevara al Merlotte's, que estaba alejado de la comisaría de policía. Ella le dijo que pasaría a buscarlo por el trabajo a mediodía y que comerían en el bar. Entonces podría recoger el vehículo.

Así que el Buick, con su silencioso pasajero, aguardó al descubrimiento más tiempo del debido.

Había dormido unas seis horas la noche anterior, por lo que me sentía bastante bien. Salir con un vampiro puede ser un reto para tu equilibrio si eres una persona de usos diurnos, como yo. Ayudé a cerrar el bar y me dirigí a casa con Bill a eso de la una. Nos dimos un baño caliente juntos y luego hicimos otras cosas, pero me metí en la cama poco

después de las dos y me levanté casi a las nueve. Para entonces hacía bastante que Bill se había ocultado de la luz.

Bebí mucha agua y un zumo de naranja, junto con un complejo vitamínico y un suplemento de hierro para desayunar, lo cual conformaba mi régimen desde que Bill había entrado en mi vida, trayendo consigo (junto con el amor, la aventura y las emociones) la constante amenaza de la anemia. El tiempo refrescaba, gracias a Dios, y me senté en el porche de Bill embutida en una rebeca y las medias negras que nos poníamos para trabajar en el Merlotte's cuando hacía demasiado frío para llevar los shorts. Mi polo tenía las palabras MERLOTTE'S BAR bordadas en el pecho.

Mientras hojeaba el periódico de la mañana, una parte de mi cerebro asimilaba el hecho de que la hierba ya no estaba creciendo tan deprisa. Algunas hojas parecían incluso estar empezando a mudar. Tal vez en el estadio de fútbol del instituto la noche del viernes hiciera una temperatura tolerable.

El verano siempre se resiste a marcharse en Luisiana, incluso en la zona norte del Estado. El otoño siempre llega con timidez, como si fuese a desaparecer en cualquier momento para volver a dejar paso al agobiante calor de julio. Pero yo estaba alerta, y podía ver rastros del otoño aquella mañana. El otoño y el invierno significaban noches más largas, más tiempo que pasar con Bill y más horas de sueño.

Así que fui al trabajo con alegría. Cuando vi el solitario Buick aparcado delante del bar, me acordé de la sorprendente borrachera de Andy de la noche anterior. Confieso que sonreí, pensando en cómo debía de sentirse esa mañana. Justo cuando iba a dar marcha atrás y aparcar junto a los coches de los demás empleados, me di cuenta de

que la puerta de atrás del coche de Andy estaba ligeramente abierta. Eso supondría que la luz interior habría permanecido encendida y que su batería se habría agotado. También supondría que él se enfadaría, que tendría que entrar en el bar para llamar a la grúa y pedir a alguien que le llevara... En fin, aparqué y me deslicé fuera del coche, dejándolo en marcha. Aquello resultó ser un error revestido de optimismo.

Empujé la puerta, pero apenas cedió un centímetro. Empujé con el cuerpo, convencida de que se cerraría y de que podría seguir con lo mío. De nuevo, la puerta no quiso cerrarse. Impaciente, la abrí de par en par y descubrí qué la atascaba. Una oleada de olor nauseabundo invadió el aparcamiento. Se me hizo un nudo en la garganta ante un hedor que no me era en absoluto desconocido. Contemplé el asiento trasero del coche, cubriéndome la boca con la mano, aunque eso apenas ayudó a disimular el olor.

—Oh, Dios —susurré—. Mierda.

Alguien había dejado en el asiento trasero a Lafayette, uno de los cocineros del Merlotte's. Estaba desnudo. Era el fino pie marrón de Lafayette, con las uñas teñidas de un profundo carmesí, lo que impedía que la puerta se cerrara del todo, y era su cadáver lo que despedía ese hedor.

Retrocedí a toda prisa, me metí como pude en mi coche y conduje hasta la parte trasera del bar, haciendo sonar el claxon. Sam salió corriendo por la puerta de empleados con un delantal atado a la cintura. Apagué el motor de mi coche y salí tan deprisa que apenas me di cuenta de que lo hacía, sólo para abrazarme a él como una posesa.

—¿Qué pasa? —oí decir a Sam en mi oído. Me eché atrás y lo miré sin necesidad de alzar mucho la vista, porque

Sam es más bien bajo. Su pelo rojizo con tonos dorados brillaba bajo el sol de la mañana. Sus ojos son muy azules, y estaban muy abiertos, llenos de preocupación.

—Es Lafayette —dije, y empecé a llorar. Era ridículo y estúpido, y no ayudaba en absoluto, pero no pude evitarlo—. Está muerto, en el coche de Andy Bellefleur.

Sentí cómo los brazos de Sam se estrechaban con fuerza a mi alrededor y me conducían de vuelta al coche.

—Sookie, lamento que lo hayas visto —dijo—. Llamaremos a la policía. Pobre Lafayette.

Como ser el cocinero del Merlotte's no requiere precisamente tener unas cualidades culinarias extraordinarias, pues Sam apenas ofrece algunos sándwiches y patatas fritas, suele haber bastante rotación. Pero Lafayette había durado más que la mayoría para mi sorpresa. Lafayette era gay, ostentosamente gay, de los de maquillaje y uñas largas. La gente en el norte de Luisiana es menos tolerante que la de Nueva Orleans, y me temo que Lafayette, de raza negra, lo debió de pasar mal por partida doble. A pesar de sus dificultades, o puede que precisamente debido a ellas, era un tipo alegre, travieso, inteligente y realmente buen cocinero. Les echaba a las hamburguesas una salsa especial de su invención, y la gente solía pedir mucho aquellas *Hamburguesas Lafayette*.

—¿Tenía familiares por aquí? —le pregunté a Sam. Nos apartamos nerviosamente y nos dirigimos hacia el edificio, al despacho de Sam.

—Tenía un primo —contestó Sam, mientras sus dedos marcaban el teléfono de emergencias—. Por favor, necesitamos que alguien venga al Merlotte's, en Hummingbird Road —le dijo a la telefonista—. Hay un muerto en

un coche. Sí, en el aparcamiento, en la parte de delante. Oh, y puede que quieran informar a Andy Bellefleur. Es su coche.

Desde donde estaba, podía escuchar la vocecilla del otro lado de la línea.

Danielle Gray y Holly Cleary, las dos camareras del turno de mañana, aparecieron por la puerta trasera envueltas en risas. Ambas estaban divorciadas, en el ecuador de la veintena, eran amigas de toda la vida y parecían felices con su trabajo mientras estuvieran juntas. Holly tenía un hijo de cinco años que iba al jardín de infancia, y Danielle tenía una niña de siete y otro crío demasiado joven para ir a la escuela y que se quedaba con su abuela mientras la madre trabajaba. Nunca hice migas con ninguna de las dos, a pesar de tener más o menos la misma edad que yo, por su autosuficiencia.

—¿Qué pasa? —preguntó Danielle al verme la cara. La suya, estrecha y pecosa, adquirió enseguida una sombra de preocupación.

—¿Qué hace el coche de Andy delante? —preguntó Holly. Recordé entonces que había salido con Andy Bellefleur durante bastante tiempo. Holly tenía el pelo corto y rubio, que le caía alrededor de la cara como pétalos de margarita marchitos, y la piel más preciosa que había visto jamás—. ¿Ha pasado la noche dentro?

—Él no —dije.

—¿Entonces quién?

—Lafayette.

—¿Andy ha dejado que un sarasa negro duerma en su coche? —dijo Holly, que era la que no tenía pelos en la lengua.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Danielle, que era la más lista de las dos.

—No lo sabemos —dijo Sam—. La policía está de camino.

—¿Estás diciendo... —dijo Danielle, lenta y cuidadosamente—, que está muerto?

—Sí —contesté—. Eso es exactamente lo que queremos decir.

—Pues tenemos que abrir dentro de una hora —comentó Holly, apoyando las manos en las caderas—. ¿Qué hacemos? Y si la policía nos deja abrir, ¿quién va a cocinar? La gente querrá comer.

—Será mejor que nos preparemos, por si acaso —dijo Sam—, aunque no creo que abramos hasta esta tarde.

Y se dirigió a su despacho para llamar a cocineros de reemplazo.

Resultaba extraño pasar por la rutina de la apertura, como si Lafayette fuese a aparecer en cualquier momento con una historia sobre alguna fiesta en la que hubiese estado, igual que había hecho apenas unos días antes. Las sirenas aullaron por la carretera comarcal que pasaba delante del Merlotte's. Los coches irrumpieron en el aparcamiento de gravilla de Sam. Cuando habíamos colocado las sillas, preparado las mesas y dispuesto nuevos cubiertos enrollados en servilletas para cambiarlos por los usados, entró la policía.

El Merlotte's se encuentra fuera de los límites de la ciudad, así que el sheriff del distrito, Bud Dearborn, estaba al mando. Bud Dearborn, que había sido buen amigo de mi padre, ahora tenía el pelo gris. Su cara era mórbida, como si fuese un pekinés humano, y sus ojos de un marrón

opaco. En cuanto entró por la puerta principal del bar, me di cuenta de que calzaba unas pesadas botas y su gorra de los Saints. Debía de estar trabajando en su granja cuando recibió la llamada. Le acompañaba Alcee Beck, el único detective afroamericano del distrito. Alcee eran tan negro que su camisa blanca parecía brillar en contraste. Llevaba la corbata anudada con precisión, el traje immaculado y los zapatos lustrosos y brillantes.

Bud y Alcee se encargaban del distrito... Al menos de los elementos más importantes que lo mantenían en funcionamiento. Mike Spencer, director de la funeraria y forense del distrito, tenía mucha mano en los asuntos locales también, y era buen amigo de Bud. Estaba dispuesta a apostar a que Mike ya estaba en el aparcamiento, lamentando verbalmente la muerte del pobre Lafayette.

—¿Quién encontró el cuerpo? —inquirió Bud Dearborn.

—Yo —Bud y Alcee se dirigieron hacia mí.

—¿Podemos usar tu despacho, Sam? —solicitó Bud. Sin esperar a la respuesta de Sam, me hizo una indicación con la cabeza para que entrara.

—Claro, adelante —dijo mi jefe escuetamente—. ¿Estás bien, Sookie?

—Estoy bien, Sam —no estaba segura de que eso fuese verdad, pero Sam no podía hacer nada al respecto sin meterse en problemas, y sin garantía alguna de que fuera a servir de ayuda. Si bien Bud me indicó que me sentara, negué con la cabeza mientras él y Alcee se acomodaron en las sillas del despacho. Evidentemente, Bud cogió la gran silla de Sam, y Alcee se conformó con la otra, la que sólo conservaba ya algo de acolchado.

—Háblanos sobre la última vez que viste a Lafayette con vida —sugirió Bud.

Me lo pensé.

—Anoche no trabajó —dije—. Le tocaba a Anthony, Anthony Bolivar.

—¿Quién es ése? —la ancha frente de Alcee se arrugó—. No me suena el nombre.

—Es amigo de Bill. Estaba de paso y necesitaba un trabajo. Tenía experiencia —de hecho, había trabajado en un comedor durante la Gran Depresión.

—¿Me estás diciendo que el cocinero del Merlotte's es un vampiro?

—¿Y qué? —pregunté. Sentí cómo la boca se me ponía rígida y las cejas se contraían. Enseguida supe que se me torcía el gesto. Intentaba con todas mis fuerzas no leer sus mentes, tratando de mantenerme completamente al margen de aquello, pero no resultaba fácil. Bud Dearborn era normal, pero Alcee proyectaba sus pensamientos como un faro lanza sus destellos. En ese preciso momento irradiaba asco y miedo.

En los meses anteriores a conocer a Bill y descubrir que valoraba mi tara —mi don, como él lo veía—, hacía todo lo que podía para fingir, de cara a mí misma y a todos los demás, que no podía leer la mente de nadie. Pero desde que Bill me liberara de la pequeña prisión que me había construido yo misma, había practicado y experimentado, siempre con el apoyo de Bill. Para él traduje en palabras lo que había estado sintiendo durante años. Había personas que mandaban mensajes claros, rotundos, como Alcee, pero el pensamiento de la mayoría de la gente me llegaba de forma intermitente, como ocurría con Bud Dearborn.

Por lo que yo sabía, dependía mucho de la fuerza de sus emociones, lo lúcidos que fueran y el tiempo que hiciera. Algunas personas eran terriblemente lóbregas, y era casi imposible adivinar lo que estaban pensando. Quizá podía entrever algo de su humor, pero eso era todo.

Sabía que si tocaba a la gente mientras leía su mente, la imagen se hacía más clara, como cuando instalas la tele por cable después de estar acostumbrado a la antena tradicional. También había aprendido que si «enviaba» imágenes tranquilas a la persona, podía fluir por su mente como el agua.

No había nada que me apeteciera menos que fluir por la mente de Alcee Beck. Pero, de forma absolutamente involuntaria, estaba recibiendo una completa imagen de la profunda reacción supersticiosa de Alcee al saber que había un vampiro trabajando en el Merlotte's, así como su aborrecimiento al saber que yo era la mujer de la que había oído hablar y que salía con un vampiro; y también su profunda convicción de que el gay declarado que era Lafayette había sido toda una desgracia para la comunidad negra. Alcee supuso que alguien se la quería jugar a Andy Bellefleur al colocarle el cadáver de un gay negro en el coche. Alcee se preguntaba si Lafayette tenía sida, si el virus podía haberse transmitido de alguna manera a los asientos del coche y haber sobrevivido allí. Si el coche fuese suyo, lo vendería.

Si hubiese tocado a Alcee, habría averiguado hasta su número de teléfono y la talla de sujetador de su mujer.

Pero Dearborn me miraba con aire divertido.

—¿Decía algo? —pregunté.

—Sí. Me preguntaba si habías visto a Lafayette aquí durante la noche. ¿Se pasó para tomarse algo?

—No lo vi —ahora que lo pienso, nunca he visto a Lafayette tomarse nada. Por primera vez, me di cuenta de que, si bien a la hora de comer había gente de todo tipo, a la hora de cenar casi todos éramos blancos.

—¿Dónde pasaba el tiempo libre?

—No tengo ni idea —todas las historias que contaba Lafayette venían con los nombres cambiados para proteger a los inocentes. Bueno, a los culpables, en realidad.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—En el coche, muerto.

Bud meneó la cabeza, exasperado.

—Digo vivo, Sookie.

—Hmmm. Creo que... hace tres días. Aún estaba aquí cuando empecé el turno, y nos saludamos. Oh, me habló de una fiesta en la que había estado —traté de recordar las palabras exactas—. Dijo que había estado en una casa donde se hacía todo tipo de marranadas sexuales.

Los dos hombres me clavaron la mirada, boquiabiertos.

—¡Bueno, ésas fueron sus palabras! No sé cuánta verdad había en ello.

Podía ver la cara de Lafayette cuando me lo contó, la tímida forma en que cruzó sus labios con el dedo, indicando que no iba a soltar prenda sobre nombres o lugares.

—¿No crees que deberías habérselo contado a alguien? —Bud Dearborn parecía aturdido.

—Era una fiesta privada. ¿Por qué debería habérselo dicho a nadie?

Pero ese tipo de fiestas no debían celebrarse en su distrito. Ambos me estaban incinerando con la mirada.

—¿Te contó Lafayette si había drogas en esa fiesta? —me preguntó Bud, con los labios tensos.

—No, no recuerdo nada de eso.

—¿La fiesta se celebró en casa de alguien blanco o negro?

—Blanco —contesté, y entonces deseé haber alegado ignorancia al respecto. Pero Lafayette había quedado muy impresionado con la casa, aunque no porque fuese grande y lujosa. ¿Qué le había impresionado tanto? No estaba muy segura de las cosas que podían impresionar a Lafayette, que se había criado en un entorno de pobreza, y así había seguido, pero estaba segura de que se había referido a la casa de un blanco, pues dijo: «Todas los retratos de las paredes eran de blancos como lirios que sonreían como caimanes». No compartí ese comentario con la policía, y ellos no preguntaron más.

Cuando salí del despacho de Sam, después de explicar qué hacía el coche de Andy en el aparcamiento, volví detrás de la barra. No me apetecía ver lo que hacían allí, y no había clientes a los que atender, puesto que la policía había bloqueado los accesos.

Sam estaba colocando las botellas detrás de la barra, quitándoles el polvo de paso, y Holly y Danielle se habían agenciado una mesa en la sección de fumadores para que Danielle pudiera echarse un pitillo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Sam.

—No hay mucho que contar. No les ha gustado saber que Anthony trabajaba aquí, y no les ha gustado lo que les he dicho de la fiesta a la que fue Lafayette el otro día. ¿Oíste que me lo contaba? Lo de la orgía y eso.

—Sí, a mí también me dijo algo al respecto. Tuvo que ser una gran noche para él. Si es que ocurrió realmente.

—¿Crees que Lafayette se lo inventó?

—No creo que haya muchas fiestas bisexuales que admitan a ambas razas en Bon Temps —respondió.

—Pero eso es porque nadie te ha invitado a una —le solté mordaz. Me preguntaba si de verdad sabía lo que se cocía en esta pequeña ciudad. De todos los habitantes de Bon Temps, yo era la que más debía conocer los dime y diretes, puesto que la información era, en cierto modo, más accesible para mí si me decidía a averiguarla—. Porque supongo que no lo habrán hecho, ¿verdad?

—Así es —dijo Sam, sonriéndome mientras desempolvaba una botella de whisky.

—Supongo que el cartero también extravió mi invitación.

—¿Crees que Lafayette volvió aquí anoche para contactarte más cosas sobre la fiesta?

Me encogí de hombros.

—Quizá había quedado con alguien en el aparcamiento. A fin de cuentas, todo el mundo sabe dónde está el Merlotte's. ¿Vendría a cobrar? —era fin de semana, cuando Sam solía pagarnos.

—No. Puede que viniera, pero sabía que se lo daría al día siguiente, hoy.

—Me pregunto quién invitó a Lafayette a esa fiesta.

—Buena pregunta.

—No creerás que habrá sido tan tonto como para chantajear a nadie, ¿verdad?

Sam frotó la madera falsa de la barra con un trapo. Estaba limpia como una patena, pero necesitaba mantener las manos ocupadas, pensé.

—No lo creo —dijo, tras pensárselo—. Más bien da la impresión de que se equivocaron al invitarle. Sabes lo

indiscreto que era Lafayette. No sólo nos dijo que fue a esa fiesta, y estoy seguro de que no debía estar allí, sino que probablemente habría querido sacar más de ella de lo que los demás, eh, participantes habrían considerado adecuado.

—¿Como seguir en contacto con los que estuvieron allí? ¿Hacerles un leve guiño en público?

—Algo así.

—Supongo que si te acuestas con alguien, o contemplas cómo otros lo hacen, sientes que estás a su nivel —comenté dubitativa, dada mi escasa experiencia en la materia, pero Sam asintió.

—Lafayette quería ser aceptado por lo que era, más que nada en el mundo —dijo, y tuve que estar de acuerdo.